

EL MEJOR DE TODOS LOS TIEMPOS

EL FIN DE SEMANA DE EXALTACIÓN AL SALÓN DE LA FAMA DIO UNA GRAN OPORTUNIDAD PARA REFLEXIONAR SOBRE LA GRANDEZA DE MARIANO RIVERA

Por Alfred Santasiere III

La última vez que Mariano Rivera estuvo en Cooperstown, era uno de los pocos visitantes en la habitualmente tranquila ciudad del norte del estado de Nueva York. Era pleno invierno, e incluso para los estándares del noreste, hacía un frío inusual. Para ser exacto, cero grados fahrenheit.

Durante los seis meses transcurridos entre la gira oficial de Rivera por el Salón Nacional de la Fama del Béisbol - que tuvo lugar poco después de convertirse en el primer jugador de la historia en ser elegido por unanimidad - y el fin de semana de su exaltación, la temperatura aumentó en casi 90 grados. Y unas 55,000 personas más convergieron en el pequeño pueblo, ubicado a tres horas y media en auto al norte del Yankee Stadium.

Horas antes de que comenzara la ceremonia de exaltación el 21 de julio en una tarima del Clark Sports Center, ubicado a casi una milla del centro de Cooperstown, la normalmente apacible Main Street de la ciudad no podría haber estado más vibrante. La carretera fue cerrada al tráfico vehicular y miles de personas caminaban en ambas direcciones, comprando, comiendo y simplemente celebrando algo histórico. Aunque aún era de mañana, varios restaurantes tenían parrillas y hieleras de playa en las aceras, vendiendo de todo, desde hamburguesas, hot dogs y sándwiches de salchichas y pimientos, hasta cervezas y limonadas.

Casi todos los demás negocios hicieron lo mismo y su inventario consistía principalmente de artículos relacionados con Rivera. En el único lote de estacionamiento cerca de Main Street, un rótulo provisional leía “\$42”, que no por casualidad coincidía con el número que Rivera usó durante su carrera de 19 años en su uniforme a rayas. A pocos pies de allí, la panadería Schneider’s Bakery vendía un estante de galletas recién hechas en forma de jerseys de béisbol con la leyenda “Mo 42”.

Y las muchas tiendas de tarjetas de béisbol y recordatorios se gozaban con la fiebre de Mariano, vendiendo cualquier cosa y todo lo relacionado con la carrera del cerrador.

En una mesa larga, ubicada fuera de una tienda de recordatorios, había 10 camisetas diferentes de Rivera disponibles, junto con jerseys que incluían un parche del Salón de la Fama cosido en la manga izquierda. El rótulo en el pequeño teatro de la ciudad decía: “Enter Sandman, 100% Unanimous” (“Exalten al Sandman, con 100% de Unanimidad”). Al otro lado de la calle, frente a esa llamativa cartelera, había un estante de jerseys, una de ellas con una cabra a rayas - GOAT (“El más grande de todos los tiempos” por sus siglas en inglés, abreviando Greatest Of All Time) - con el número 42 de Rivera, y como todo lo demás, se vendía como pan caliente.

El dramático cambio en Cooperstown de una comunidad rural y frígida a la mitad del invierno al epicentro del mundo del béisbol en un candente fin de semana de verano fue impresionante, pero también es algo que ocurre todos los años. Algo así como la historia que Mariano Rivera forjó, sin embargo - desde una pequeña villa pesquera en Panamá hasta un momento como el que disfrutó en julio en otro pequeño pueblo - es algo que ocurre sólo una vez cada par de generaciones.

A medida que se acercaba rápidamente la 1:30 p.m. en Cooperstown, la multitud en la calle principal caminó a una planicie donde Rivera y el resto de la Clase de 2019 serían exaltados al Salón de la Fama. La amplia extensión, rodeada de miles de árboles, se alargaba por aproximadamente un cuarto de milla. Se instalaron algunas áreas para sentarse frente al escenario y detrás de esas cerca de 2,000 sillas había decenas de miles de personas sentadas en el campo abierto, algunas bajo las carpas que habían montado el